

“Los niños pobres”

El próximo fin de semana, 12 y 13 de septiembre celebraremos la colecta denominada “más por menos”. Los textos de la Palabra de Dios de este domingo pueden ayudarnos a profundizar en el sentido eclesial que dicha colecta tiene. En el Evangelio (Mc. 7, 31-37) leemos el relato en que Jesús sana a un sordomudo. En medio de la gente le acercaron a este “hombre que era sordo y apenas podía hablar y le suplicaban que impusiera sobre él la mano. Jesús lo apartó de la gente y, a solas con él le metió los dedos en los oídos y le tocó la lengua con saliva. Luego, levantando los ojos al cielo, suspiró y le dijo: Effatha (que significa: ábrete). Y al momento se le abrieron sus oídos, se le soltó la traba de la lengua y comenzó a hablar correctamente” (Mc. 7,32-35). Este milagro era un signo de la presencia del Reino de los cielos, así como la expresión de la fe de aquellos que se acercaban a Jesús y el amor de Dios. También la Carta del Apóstol Santiago (Sant. 2,1-7) que leemos este domingo hace una referencia clara al amor que Dios le tiene a los pobres: “Escuchen, mis queridos hermanos ¿no eligió Dios a los pobres según el mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino que prometió a los que lo aman? (Sant. 2,5).

El lema para esta colecta “más por menos” es “más solidaridad por menos exclusión”. Desde ya que como cristianos nunca podremos desentendernos de ningún hermano y menos aún de aquellos que están excluidos, de los presos, de los que tienen hambre o no tienen la posibilidad de trabajar o carecen de un trabajo digno, de los enfermos, de los niños pobres y los que padecen la soledad... La clave está en “la caridad” que es la gran enseñanza que nos deja el Señor. Por eso la solidaridad cristiana no es meramente un gesto altruista, sociológico, estadístico, sino que se fundamenta en la caridad.

El Papa Benedicto en su primera encíclica “Deus Caritas est” (Dios es amor) nos señala concretamente: “El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia Universal en su totalidad. También la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor. En consecuencia, el amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado. La Iglesia ha sido consciente de que esta tarea ha tenido una importancia constitutiva para ella desde los comienzos: “Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno” (Hch. 2,44-45)... A decir verdad, a medida que la Iglesia se extendía, resultaba imposible mantener esta forma radical de comunión material. Pero el núcleo central ha permanecido: en la comunidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa” (20). Desde el inicio el servicio a la caridad se constituyó como uno de los ámbitos esenciales de la vida eclesial. Es importante señalar algunas referencias: “El mártir San Justino en el año 155, en el contexto de la celebración dominical de los cristianos, describe también su actividad caritativa, unida con la Eucaristía misma... El gran escritor cristiano Tertuliano en el 220, cuenta como la solicitud de los cristianos por los necesitados de cualquier tipo suscitaba el asombro de los paganos. Y como el obispo Ignacio de Antioquia en el 117 llamaba a la Iglesia de Roma como la que “preside en la caridad” (ágape) “...” (22).

Estas referencias bíblicas e históricas, y desde ya las teológicas, nos pueden ubicar en el sentido profundo donde se fundamenta toda colecta ligada a la caridad como esta denominada “más por menos”.

Cada año el Papa hace una referencia al tema de la pobreza que motiva esta colecta. Sería grave que pretendamos esconder la existencia de la exclusión. Más que hablar de pobreza, señalamos que hay muchos hermanos nuestros que son pobres. Nos duele especialmente que haya niños que sin culpa alguna quedan determinados para siempre por el flagelo de la desnutrición. Dichos niños se inician en sus vidas en condiciones desiguales, en una sociedad armada desde la dura competencia, y no desde la solidaridad. Es muy doloroso saber que estos niños estén casi irreversiblemente orientados a ser futuros excluidos.

Necesitamos que “todos”, privilegiemos en nuestro corazón una real, humana y cristiana opción preferencial por los pobres, para que como reza el lema de la colecta “más por menos” “haya más solidaridad por menos exclusión”.

¡Un saludo cercano y hasta el próximo domingo!

Mons. Juan Rubén Martínez